



El mejor adorno es la modesta sencillez.
Refrán popular

* Correo electrónico: luis_brito_cruz@hotmail.com
Ilustraciones: Fanny Lucas Estrada



Luis Brito Cruz*

De ella sólo guardo dos recuerdos.

Primero, que era la mujer que amaba con locura. Locura ciega, por supuesto.

Segundo, que era una mujer sumamente austera. Ello era evidente desde la brevedad de su nombre hasta la sencillez de su vivir. Comía y dormía lo estrictamente necesario, nunca decía una palabra de más y vestía sin adornos, tan ligera que la topografía de su cuerpo todo hecho de llanuras apenas se adivinaba bajo sus prendas; alguna vez me dijo que, si por ella fuera, andaría desnuda por la vida.



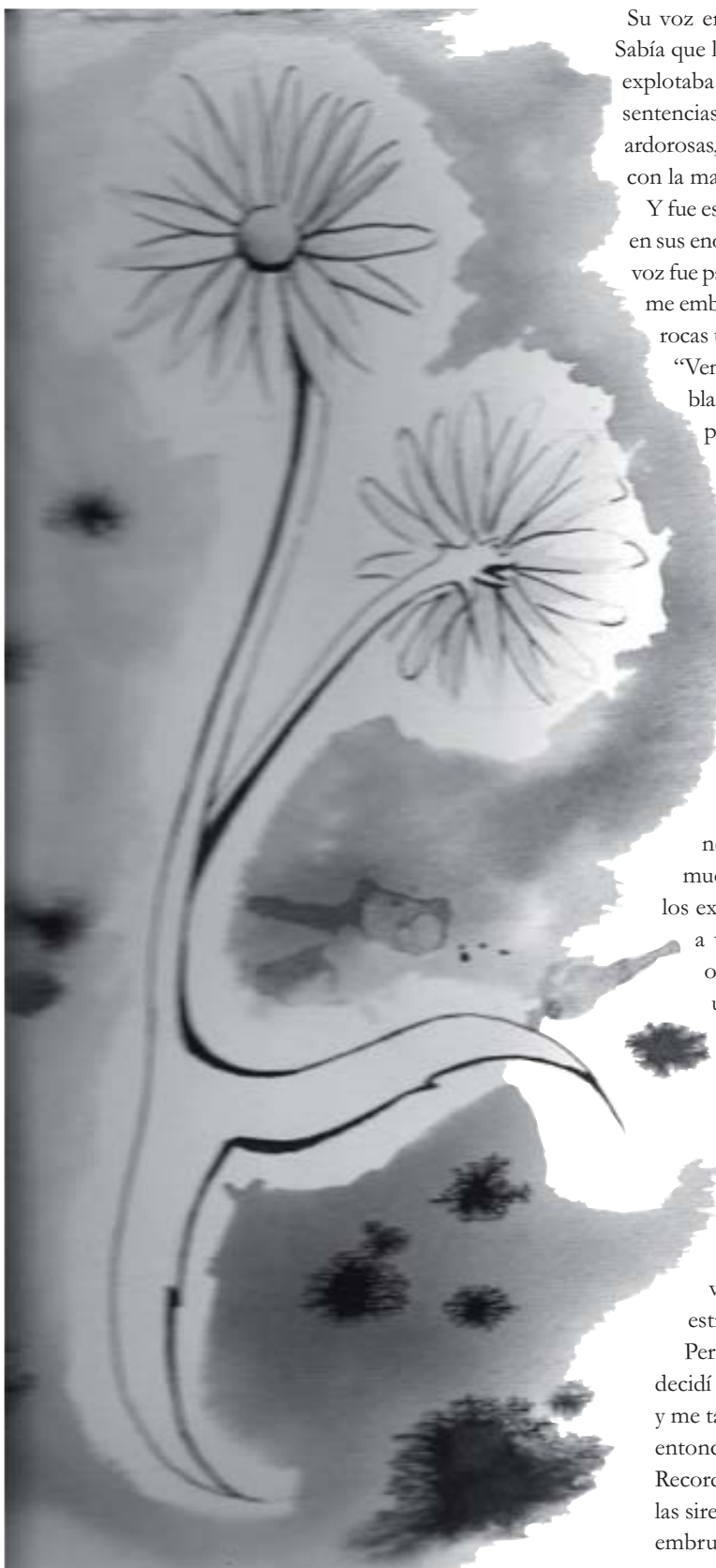
Sus minúsculos volcanes sólo en momentos de intensa exaltación intentaban fallidas erupciones; hasta su monte de Venus puedo calificar de simple protuberancia del terreno. Y no es que la menosprecie o la evidencie; la amaba y —aunque me cueste aceptarlo— la sigo amando, y eso basta para que lo anterior se interprete como un elogio a su austeridad.

La naturaleza la dotó de tal simpleza que su rostro estaba casi vacío. Lo único que tenía era una minúscula boca, cuya virtud era besar con una pasión inversamente proporcional al tamaño de esos labios incoloros que rara vez esbozaban algo parecido a una sonrisa.

Un par de canicas negras se asomaban por unas rendijas que hacían las veces de ojos, pero que sabían mirar más allá de la apariencia. Y nunca la vi llorar, jamás derramó una lágrima.

De su pelo qué puedo decir. Siempre argumentó que prefería ser una mujer de cabello corto e ideas largas. Y sí que lo era.

Por lo demás, su rostro carecía de decorados. Muchas veces se pintaba expresiones según su estado de ánimo; sus pómulos, barbilla y cejas eran verdaderas obras de arte, incluso uno podía asegurar que realmente los tenía como el resto de los mortales. Pero no, su austeridad rayaba en la exageración; basta decir que tras una noche de desvelo se dibujaba tremendas ojeras, y cuando comenzó su madurez tuvo que pintarse ligeras arrugas para infundir un aire de respeto.



Su voz era tenue, casi un susurro, pero intensa y exacta. Sabía que la fuerza de sus palabras era su única ventaja, y la explotaba muy bien. De sus delgados labios brotaban las sentencias más sabias que he oído, las insinuaciones más ardorosas, las maldiciones más lacerantes y mi nombre dicho con la mayor de las ternuras.

Y fue esa voz tan simple, tan sin acento, tan sin variaciones en sus enojos y alegrías lo que me hizo enamorarme de ella. Esa voz fue para mí como un canto de sirenas, esa hija de Calíope me embelesó, me trastornó y llevó a estrellarme contra las rocas una y otra y otra vez; sólo bastaba una llamada, un “Ven aquí, que me siento sola” y ahí estaba yo, a sus blancos y diminutos pies, no importando los enfados pasados o futuros. De nada valía que me mandara al demonio mil veces, que me sacara a empellones de su casa y de su vida cuantas veces ella quisiera: su canto de sirena consistente en dos palabras me embrujaba.

La unión que había entre nosotros no estaba escrita en un papel, nunca hubo juramentos frente a los altares ni compromisos ante los hombres. Nuestra alianza siempre fue más grande que esas formalidades, pues estaba basada en la simple afinidad, en la complementariedad que otorgan los sexos y en la contrariedad que conceden los caracteres; nos amábamos y por eso nos necesitábamos, y mucho tiempo vivimos en un terrible vaivén donde los extremos eran eso: extremos, que de tan extremos a veces se tocaban. Si hoy moríamos uno por el otro, mañana el desamor —que es la otra cara de una misma moneda— nos dominaba. Eso bastaba para ser felices a nuestra manera, y así hubiésemos vivido siempre.

Pero una noche, en un arrebato de ira, su maldita austeridad la llevó a gritarme que nada necesitaba de mí, que le sobraba mi presencia en su pequeño mundo. Ya muchas veces había dicho lo mismo, siempre con el afán de gozar la dulzura de la posterior reconciliación: ella volvía a llamarme con su canto de sirena y yo me estrellaba nuevamente contra las rocas.

Pero un día me cansé y quise no quererla más. Así que decidí jugar a ser Ulises, me até al mástil de mi orgullo y me tapé los oídos con la cera de mi propia insensatez; entonces el teléfono dejó de sonar en mi habitación. Recordé que en la mitología griega se había predicho que las sirenas morirían cuando un mortal pudiese resistir el embrujo de sus cantos.